Diario de ruta [fragmento]

Nadia Contreras Ávalos*

♦♦♦

1

Abro el libro. Rescribo las palabras, su nombre. La fotografía: la misma mujer desnuda, su sexo en llamas, un río. Y más allá, en el fondo de esa casa habitada de violetas, su historia: el gusto por el pollo frito, las largas avenidas, sus pies desnudos sobre la fiebre ausente de los años.

2

Pasé de largo al igual que la sombra. Tú estabas de pie en el umbral. Dos horas después la ciudad era nuestra: los edificios, los gatos bajo la soledad oscura. Algo nacía entre nosotras, tan semejantes, tan parecidas. Yo era perfecta o más bien natural para dormir contigo al lado y soñar extraños paisajes, un lobo, una casa cercana al río. Nunca como entonces el amor fue tan ciego, tan querido.

3

La casa. Y en la casa estoy yo. Un pasillo y otro, son silencio. Es cierto, las fotografías nunca dicen la verdad. No uso lentes y visto con falda de colegio. Mi cabello largo, es apenas la marejada de un viento que vendrá muy fuerte. Los árboles crecen, los pájaros en nidos de incertidumbre. Volver es arrepentirse, es cierto. La soledad tiene alas; mi cuerpo con el tuyo, la piedra de la memoria que fui, su eco.

4

Inteligibles a todo. Un susurro y es el salto, el atropello. Deambulan por la ciudad, pero nunca perdidos en nuevos olores. Los libros les gustan, los sueños de otros, mis angustias. La eternidad, es apenas un breve ronroneo y el asombro; la clarividencia del asombro. Y ahí están, persiguiéndose unos a otros, enamorados en las banquetas, en los árboles; jugando a ser palomas o trapecistas en la adivinación de las sombras. Son así los gatos en su espíritu de aventura. Gatos solitarios, como sábanas, como almohadas, bajo el sol áspero del mediodía.

5

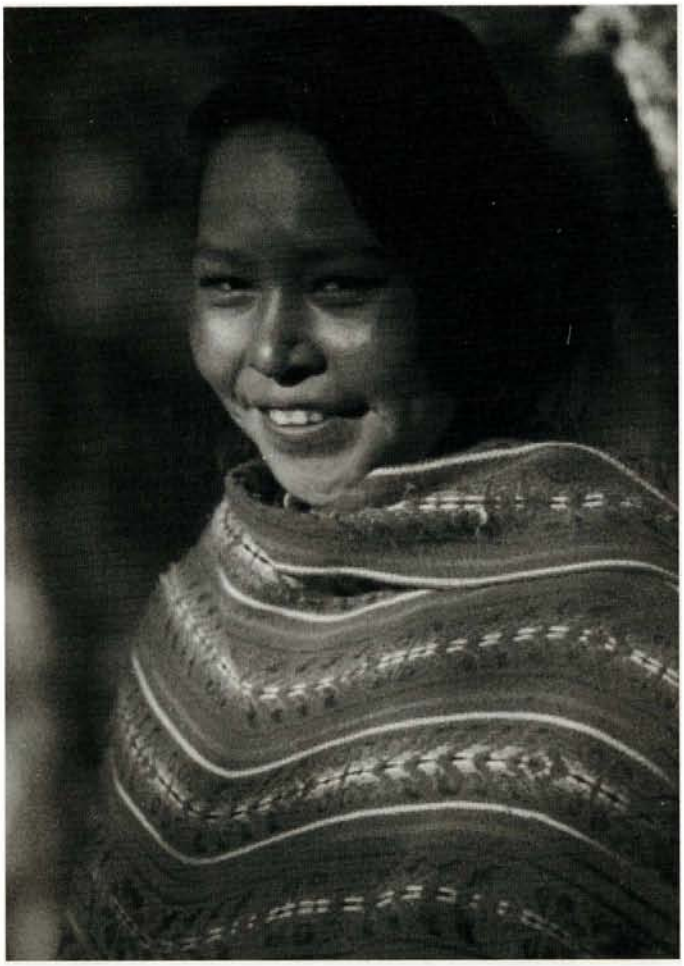
Era de los típicos muchachos de pandilla: pelo corto al ras, tatuaje en el brazo derecho y el vicio del cigarro al por mayor del desafío. Despierta, despierta, dije, cuando el hombre —el único hombre sin razón, sin tiempo— entreabría los ojos y la habitación era un barco a la deriva. Se oyen gritos, las instrucciones del médico, la ambulancia. A quién reclamar las sábanas frías de la soledad, el corazón que se muere a pedazos. La vida, se ha consumado. También la luz.

* Universidad Autónoma de la Laguna (Coahuila).

♦♦♦

6

Comenzaré a dibujar en la punta del cielo, junto a las montañas, arriba del sol. Mi lápiz es como la luz y la luz son las nubes, las gaviotas. Dibujaré también los árboles y mi sonrisa. ¿Por qué no he dibujado mi sonrisa? Tampoco he dibujado mis ojos, mis piernas amargas. Aún así, el cielo es una lombriz, o un gato, su paso de esponja por los aires.



7

Cuando el mundo era bajo el cielo de la soledad, las avenidas crecían nuestros pasos. Nunca la distancia fue tan infinita, tus ojos repentinamente ausentes. ¿Quién era yo cuando tus manos acariciaban tibiamente el agua? A lo lejos, la melodía del encono; la usanza esa de escribir afanosamente lo indecible. Cada pregunta, una herida. Pero más allá, en ese allá sin retorno, aún más lejano, tu nombre y el aleteo febril de las mariposas.

8

Tú que sabes del miedo, de una maleta que se rehace cada noche como una batalla perdida de antemano. Él es mi padre. Digo padre y un adolescente se juega la vida en la ciudad que es un lobo. Sé que mi madre lo deseaba. Sé que mi madre se enamoró como ninguna otra mujer y su cuerpo fue el cuerpo de la herida, la sangre, el pulmón roto por el llanto. Nadie lo ve partir, nadie abordar ningún barco. Sólo yo: la niña que fui, desfigurada por el tiempo.

9

Limpiar el invierno, su sombra de hojas sobre el techo de las casas, las banquetas. Luego lavarnos; lentamente lavar el cuerpo, su herida. Lavar como quien lava la ropa sucia de los años, sus vaticinios. Miro el pasado en el respiro de la que fui entonces, cuando me gustaba el campo, la caña entretejiendo la piel de las espigas. No, el latido breve de un corazón desnudo.

10

Dijiste que yo merecía más, tú, un poco menos. Enfermaste al poco tiempo, recuerdo. Te dolían las piernas, el corazón extirpado en la angustia. Sentada junto a ti, bajo la sombra azul de tus párpados, hablé de vivir un poco, de reanimar el oscuro cauce del destino. Si hubieras visto mis vuelos. Tú para entonces habías muerto; y yo, unido mis voces al canto de la indiferencia.♦

